

# Domingo de la Divina Misericordia

II El Papa Juan Pablo II Homilía

En la primera celebración universal de la Divina Misericordia, 2001

Divina Misericordia: El regalo de Pascua

"No temas, yo soy el primero y el último, y el que vive, y yo muerto, y he aquí que vivo por los siglos de los siglos" (Apocalipsis 1:17-18).

Hemos escuchado estas palabras de consuelo en la segunda lectura, tomada del libro del Apocalipsis. Ellos nos invitan a dirigir nuestra mirada a Cristo, para experimentar su presencia tranquilizadora. Para cada persona, sea cual sea su condición, incluso si se tratara de la más complicada y dramática, el Resucitado repite: "¡No temas, que murió en la cruz, pero ahora estoy vivo por los siglos de los siglos", "Yo soy el primero y el último, y el que vive. "

"El primero", es decir, la fuente de todo ser y los primeros frutos de la nueva creación, "el último," el fin definitivo de la historia, "el que vive," la fuente inagotable de vida que triunfa sobre la muerte para siempre .

En el Mesías, crucificado y resucitado, somos conscientes de las características del Cordero inmolado en el Gólgota, que implora perdón por sus torturadores y abre las puertas del cielo a los pecadores arrepentidos; vislumbramos el rostro del Rey inmortal que ahora tiene "las llaves de La muerte y el Hades "(Ap 1:18).

Dad gracias al Señor, porque Él es bueno; para siempre es su misericordia! (Salmo 117:1). Hagamos nuestra propia exclamación del salmista, que cantamos en el salmo responsorial: "La misericordia del Señor permanece para siempre!" Para entender a fondo la verdad de estas palabras, vamos a ser guiados por la liturgia al corazón del acontecimiento de la salvación, que une a la muerte y resurrección de Cristo con nuestras vidas y con la historia del mundo. Este milagro de la misericordia ha cambiado radicalmente el destino de la humanidad. Es un milagro en el que se desdobra la plenitud del amor del Padre que, para nuestra redención, ni siquiera retroceden ante el sacrificio de su Hijo unigénito.

En los humillados y los sufrimientos de Cristo, los creyentes y no creyentes pueden admirar una solidaridad sorprendente, que le une a nuestra condición humana más allá de todas las medidas imaginables. La Cruz, incluso después de la Resurrección del Hijo de Dios, "habla y no cesa de hablar de Dios el Padre, que es absolutamente fiel a su amor eterno para el hombre. ... Creer en ese amor significa creer en la misericordia" (Rico en la Misericordia, 7).

Demos gracias al Señor por su amor, que es más fuerte que la muerte y el pecado. Se puso de manifiesto y poner en práctica la misericordia en nuestra vida diaria, y le pide a cada persona en vez de tener "misericordia" hacia el Crucificado. ¿No es amar a Dios y amor al prójimo e incluso uno de los "enemigos", siguiendo el ejemplo de Jesús, el programa de la vida de todo bautizado y de toda la Iglesia?

Una gran alegría

Con estos sentimientos, se celebra el segundo domingo de Pascua, que desde el año pasado, es también el año del gran jubileo, llamada "Divina Misericordia". Es una gran alegría para mí ser capaz de unirme a todos vosotros, queridos peregrinos y fieles que han venido de varias naciones para conmemorar, un año después, la canonización de Sor Faustina Kowalska, testigo y mensajera del amor misericordioso del Señor.

La elevación al honor de los altares de esta humilde religiosa, hija de mi tierra, no sólo es un regalo para Polonia, sino para toda la humanidad. De hecho, el mensaje que trajo es la respuesta adecuada e incisiva que Dios quería ofrecer a las preguntas y expectativas de los seres humanos en nuestra época, marcada por tragedias terribles. Jesús dijo a Sor Faustina un día: "La humanidad no tendrá paz hasta que se dirija con confianza a Mi misericordia" (Diario, 300). Divina Misericordia! Este es el don pascual que la Iglesia recibe de Cristo resucitado y se ofrece a la humanidad en los albores del tercer milenio.

El Evangelio, que se acaba de proclamar, nos ayuda a comprender el sentido y el valor de este don. El evangelista san Juan nos hace compartir la emoción sentida por los Apóstoles en su encuentro con Cristo después de Su Resurrección. Nuestra atención se centra en el gesto del Maestro, que transmite a los discípulos temerosos y atónitos la misión de ser ministros de la Divina Misericordia. Les muestra sus manos y el costado, que llevan las marcas de la Pasión, y les dice: "Como el Padre me envió, también yo os envío" (Jn 20:21).

Inmediatamente después, "El aliento sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo a quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados;. Si no conserva los pecados, les son retenidos" (Jn 20:22 -23). Jesús les confía el don de "perdonar los pecados," un don que brota de las heridas en sus manos, sus pies, y sobre todo de su costado traspasado. Desde allí una ola de misericordia se derrama sobre toda la humanidad.

Vamos a volver a vivir este momento con gran intensidad espiritual. Hoy en día el Señor también nos muestra sus llagas gloriosas y su corazón, una fuente inagotable de luz y la verdad, del amor y el perdón.

El Corazón de Cristo!

Su "Sagrado Corazón" ha dado todo lo que los hombres: la redención, la salvación, la santificación. Santa Faustina Kowalska vio venir de este corazón que se desborda de amor generoso, dos rayos de luz que iluminó el mundo.

Los dos rayos, [de acuerdo a lo que Jesús mismo le dijo], significan la Sangre y agua (Diario, 299). La sangre evoca el sacrificio del Gólgota y el misterio de la Eucaristía, el agua, según la rica simbología del evangelista san Juan, nos hace pensar en el bautismo y el don del Espíritu Santo (ver Jn 3:5, 4:14) .

A través del misterio de este Corazón herido, la marea restaurador del amor misericordioso de Dios se sigue propagando en los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Aquí el único que puede aquellos que anhelan la felicidad verdadera y duradera encontrar su secreto.

"Jesús, confío en Ti!"

Esta oración, querido por muchos de los devotos, expresa claramente la actitud con la que también nosotros queremos abandonarnos confiadamente en sus manos, O Señor, nuestro único Salvador.

Usted está ardiendo con el deseo de ser amado y los que en sintonía con los sentimientos de su corazón aprender a construir la nueva civilización del amor. Un simple acto de abandono es suficiente para superar las barreras de la oscuridad y la tristeza, la duda y la desesperación. Los rayos de tu Divina Misericordia devolver la esperanza, de una manera especial, a aquellos-que se sienten abrumados por la carga del pecado.

María, Madre de Misericordia, que nos ayuda siempre a tener esta confianza en tu Hijo, nuestro Redentor. Ayúdanos también, Santa Faustina, a quien hoy recordamos con especial cariño. Fijando nuestra débil mirada en el rostro divino Salvador, que nos gustaría repetir con usted: "Jesús, confío en Ti!" Ahora y por siempre. Amén.

---

Diario, Santa María Faustina Kowalska, la Divina Misericordia en Mi Alma (c) 1987 Congregación de los Marianos de la Inmaculada, Stockbridge, MA 01263. Todos los derechos reservados. Usado con permiso.